

Prólogo

Tal como lo planeara Bataille al reeditar *La experiencia interior*, este volumen sería el tercero de la *Suma ateológica*, cuya nueva edición no se realizaría en vida del autor. De manera que nos atenemos aquí al texto de la primera edición, en 1945, aunque siguiendo las valiosas indicaciones y suplementos de las *Œuvres complètes*, Gallimard, 1973. Sin embargo, en las notas que añade esta última edición, compuestas por esbozos de prefacios, variantes, planes, fragmentos suprimidos o inconclusos, puede verse que la *Suma* tenía algo de interminable. Por momentos, Bataille planea añadirle otros libros, algunos ya escritos, otros apenas esbozados, de modo tal que conjuntos en proceso como “La pura felicidad” o “El sistema inacabado”, al igual que libros casi terminados como *Teoría de la religión*, o bien otros que en las dos últimas décadas de su vida irá publicando, como *El erotismo* y *La parte maldita*, en diversos esbozos manuscritos se piensan como posibles piezas de la gran *Suma*. Vale decir, el “sistema inacabado”, el gran oxímoron para la escritura fragmentaria y persistente de Bataille, podía extenderse a todos los escritos impulsados por esa experiencia que no por interior deja de enfrentarse a lo ilimitado.

Siguiendo la edición citada, al texto de *Sobre Nietzsche* se agregan aquí seis anexos, estrechamente vinculados a los años de composición de los tres diarios que están en la base de la *Suma*. Algunos de ellos se publicaron en revistas y retoman cuestiones tratadas en los tres libros o las anuncian, como en la extensa “Discusión sobre el pecado”, donde un conjunto de intelectuales franceses, maestros de pensamiento de la época, dialogan con Bataille a partir de una exposición que será el núcleo reflexivo de *Sobre Nietzsche*. A su vez, el breve texto sobre la “Vida de Laure” se relaciona con el acontecimiento trágico que recorre subterráneamente *El culpable*. De igual modo, “La amistad”, texto publicado en una revista con el pseudónimo de Dianus, se compone de pasajes luego incluidos en *El culpable*. Por último, “La risa de Nietzsche” recupera lecturas del autor que constituye la presencia constante del libro que sigue,

donde se muestra la apuesta de Bataille en la sustitución inicial, desde el título, de la palabra “poder” por el término “suerte”, haciendo que la voluntad desarticule aún más su antigua acepción de facultad de un sujeto que sería dueño de sí. La risa entonces hace del poder una danza, una afirmación que desea incluso el hundimiento de la propia fuerza, ya que la suerte decide y la vida entregada a esa suerte se vuelve soberana, deja de subordinarse a la voluntad de un proyecto, deja de ser un trabajo.

Los otros dos anexos son manuscritos sin título. Uno de ellos es un documento del grupo que se constituyó alrededor de la revista *Acéphale* y del “Colegio de sociología”, al que el editor de las *Oeuvres complètes* tituló “Colegio socrático”, tomando unas sentencias irónicas que el texto discute; sin embargo, habría que relacionar directamente ese discurso, pronunciado en algún momento ante el grupo mencionado, con ideas centrales de *La experiencia interior* sobre la comunicación, la comunidad y la autoridad que se funda en la misma experiencia. De alguna manera, toda la *Suma*, así como es un diario de duelo por una muerte y la travesía de la guerra que se despliega alrededor, podría pensarse además como el intento de fundar una suerte de comunidad, como los documentos de una religión sin dioses, aunque también como el duelo por lo imposible de ese intento y por el fracaso de la “conjuración sagrada” que presidía *Acéphale*. De allí que en el último anexo, “Planes para la Suma ateológica”, se encuentren esquemas donde se incluiría la “Historia de una sociedad secreta”, a continuación de *El culpable*.

Por otra parte, en esos “Planes” se expresa la intención de añadir una “Introducción general a la ‘Suma’...”, que explicaría en profundidad el sentido de una “ateología”. Varios fragmentos de esa posible introducción se encontrarán aquí en su estado de borradores, aunque algunos otros darán lugar a artículos de revistas que se espera recoger en los planes, donde los elementos teóricos, que implican un recorrido de la experiencia religiosa desde la prehistoria y aun desde la animalidad en su carácter a la vez indecible y originario, van completando una serie que en sus tres volúmenes ya escritos partía de la constatación subjetiva de una experiencia de intensidad religiosa, una mística sin objeto divino o divinizado.

Volviendo al texto central, *Sobre Nietzsche* no es un tratado sobre el filósofo en cuestión, ni siquiera una interpretación más o menos continua de su obra, sino una lectura, la experiencia de una lectura. Se trata, por supuesto, de una experiencia transformadora, que busca los destellos de una afinidad, la intensidad de puntos en común, pero que también se aparta de aquel al que lee. Nada más lejos de Bataille que tomarse la obra de Nietzsche con la seriedad de un filólogo e intentar sistematizar

un pensamiento expresado en fragmentos. Se trata más bien de atestiguar esa lectura de intensidades y subrayarlas, para poder afirmar la propia experiencia en torno a ciertos núcleos fundamentales de Nietzsche. Así, la muerte de Dios constituirá el hecho fundacional de la ateología y permitirá vislumbrar alguna especie de comunidad, unida en la experiencia de la ausencia absoluta de dios.

No obstante, es preciso señalar que tampoco le era posible a Bataille una interpretación filológicamente bien sustentada, debido a que en el momento de su muerte apenas se iniciaban las investigaciones que darían lugar a la edición crítica de todas las obras de Nietzsche, a cargo de Giorgio Colli yazzino Montinari. En la época en que Bataille lee a Nietzsche, sobre todo en los años 1930 y 1940, la obra estaba editada con gruesos errores, algunos debidos a la mala fe de la hermana nazi del filósofo, otros directamente eran errores de interpretación de los manuscritos póstumos. El mismo Bataille, tempranamente, a mediados de la década de 1930, en *Acéphale*, defendía a Nietzsche de las interpretaciones aberrantes que convertían al filósofo en un precursor del nazismo. De manera que en su artículo “Nietzsche y los fascistas”,¹ Bataille llamaba a la hermana de Nietzsche, en un primer subtítulo, “Élisabeth Judas-Foerster”, y luego se dedicaba a analizar las diferencias radicales, las enormes reservas que el autor de *La gaya ciencia* había manifestado contra cualquier forma de esa estulticia que ya en la época de su vida, a fines del siglo XIX, se manifestaba en forma de nacionalismo, mientras que sus afirmaciones en primera persona siempre debían leerse bajo el siguiente rótulo de advertencia: “nosotros, los apátridas”. Pero el mayor error de las ediciones de Nietzsche previas a la de Colli y Montinari, que recién estaría disponible a finales de los años 1960, consiste en la invención de un libro: *La voluntad de poder*. Si bien existe el término en los fragmentos póstumos, e incluso se menciona el posible título de un libro con ese nombre, Nietzsche finalmente descarta ese proyecto o al menos parece muy lejos de concluirlo. De tal modo, los textos publicados con ese título son compilaciones arbitrarias de fragmentos que Nietzsche nunca pensó como un conjunto.²

Curiosamente, la inexistencia del libro, uno de los más citados por Bataille, casi podríamos decir que induce a la gran apuesta de su lectura:

¹ Recogido en *Oeuvres complètes, I. Premiers Écrits 1922-1940*, Gallimard, París, 1970, pp. 447-465.

² Se encuentran disponibles, y de libre acceso, todos los fragmentos póstumos en la edición Colli-Montinari en el sitio www.nietzschesource.org; existe edición en español: *Fragmentos póstumos (1885-1889)*, Tecnos, Madrid, 2008.

cambiar el “poder” o la “potencia” por la “suerte”. Aunque sin dejar de atender a otro punto crucial del pensamiento de Nietzsche: que la voluntad no le pertenece al sujeto. De alguna manera, la noción de Nietzsche viene a corregir el trasfondo metafísico de la “voluntad de vida” de Schopenhauer. Como es sabido, éste fue su primer objeto de admiración filosófica y sus profundas huellas se advierten fácilmente en los primeros libros de Nietzsche. La “voluntad” entonces, en Schopenhauer, no le pertenece al sujeto, sino que lo rige. El sujeto, el pensamiento, la conciencia pertenecen al mundo como representación, que sólo es la manifestación aparente de una voluntad ciega, sin meta, simple impulso de continuidad de la vida. En tal sentido, ya aquella voluntad de vivir del filósofo admirado por el joven Nietzsche, y luego despreciado con idéntico fervor, tenía el carácter de una “potencia”, una fuerza que actúa a espaldas de la conciencia y de las representaciones. Y podría decirse que la “suerte” en Bataille tiene el mismo carácter impersonal y violento. ¿Qué es la suerte entonces? En primer lugar, es la mera posibilidad de existir, el infinito azar que tuvo que caer en un punto preciso para que un ser individual exista. Bataille alude varias veces a esta acepción de “*chance*” que implica el concepto de probabilidad: ¿y si mi padre no se hubiese unido a mi madre en un instante determinado? A lo cual agrega detalles biográficos que aumentan lo improbable de esa “suerte”, la enfermedad del padre, el desequilibrio emocional de la madre...

Pero la conciencia de esa suerte está ligada a la angustia, surge de ella. Sólo en la angustia, en la sensación del límite de mi ser, puedo percibir la presencia de la suerte, que se transformará en pura felicidad con una ruptura del límite, con una violencia que sacude al yo, que en un instante se olvida de sí mismo. Entre varias formas de esta salida mística de los límites de una conciencia, se encuentra la práctica de la alegría ante la muerte, que en cierto modo devuelve la suerte a su caída, a su origen improbable. Tanto la existencia como la intuición de un fin están ligadas a la suerte, constituyen una rareza. Así lo escribe Bataille en un ensayo temprano de 1938: “no hay nada bello, nada grande... que no se encuentre *por suerte* y que no sea *raro*”.³ Tales encuentros le dan sentido a una existencia que de otro modo sería “un sufrimiento duro de soportar o el vacío aún más insostenible”. La suerte, que sale de la serie de momentos encadenados que se suceden en planes, proyectos y trabajos, repentinamente le da sentido, en un momento privilegiado, al tiempo de la vida.

³ Incluido en *Oeuvres complètes I, op. cit.*, pp. 541-544; traducción en español en *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2003.

También es suerte la posibilidad de que lo imposible sea, de que el ser, el individuo posible, pueda desear lo imposible, más allá de sí, incluso en la ruptura de sí. En uno de los diarios de este libro, Bataille anota: “El tiempo es suerte al exigir el individuo, el ser separado”. Y después agrega: “El tiempo sin juego sería como si no existiera. El tiempo quiere la uniformidad disuelta: a falta de lo cual, sería como si no existiera. De igual modo, sin el tiempo la uniformidad disuelta sería como si no existiera”. El individuo, el ser separado, se separa de la uniformidad del tiempo, es una forma nueva; y por lo tanto, es un golpe de suerte, destinado a disolver la uniformidad de la serie del tiempo con su impulso, su angustia y su muerte. Pero esos instantes de gracia que son la suerte tampoco existirían sin la uniforme base del tiempo, tal como la cumbre no existe sino en el abandono de la declinación hacia valles homogéneos. La mala suerte es el triunfo de la uniformidad, aunque también una serie de suertes ininterrumpidas se volverían mala suerte, uniformidad sin cumbres.

Como puede verse, no hay un valor definible en la suerte, a la que precede la angustia como un anuncio, y a la que sigue el tedio, como un reflujó. La suerte no se merece ni se acumula, es una caída dentro de límites que de pronto se rompen, y entonces se respira, lejos de toda moral prestablecida, el aire libre de la cumbre, según una metáfora nietzscheana que Bataille no deja de someter a variaciones conceptuales, introduciéndola en nuevas parábolas, aunque también y sobre todo enfrentándola a nuevas experiencias, momentos de embriaguez, encuentros del deseo en objetos que huyen, rumores de los trabajos y las guerras en torno.

Sin embargo, la suerte, que puede manifestarse en un objeto, no tiene como fin un objeto. Ninguna apariencia constituye la felicidad que adviene con la suerte. Bataille cita un fragmento póstumo de Nietzsche, de 1885, donde se dice que la felicidad que otorga el devenir sólo es posible por la aniquilación de lo real de la existencia, es decir, del individuo, esa apariencia que llamamos conciencia sólo con la destrucción de la ilusión, es decir, de las metas, con la aniquilación de todo lo separado que se muestra como variedad de seres en un tablero uniforme, sólo así, escribía Nietzsche, “la felicidad dionisiaca alcanza su culminación”. La suerte entonces se torna propicia de golpe, en el golpe de disolución de las apariencias objetivas que producen algunas prácticas: el pensamiento de la muerte, la fiesta, el sacrificio y el erotismo.

En resumen, el libro de Bataille es una prolongada conversación con el Sr. Nietzsche, al que encuentra en su autoironía, en el que reconoce a su semejante. Leerlo es entonces el principio de una comunidad. Cada

cita de Nietzsche es un principio de pensamiento, que busca comunicar, que busca la autoridad de una experiencia interior en los otros. “Mi vida, en compañía de Nietzsche, es una comunidad, mi libro es esa comunidad.” En la lectura, se funda la comunidad, cuando se intuye la intensidad de otra experiencia, más allá de los límites del libro, que recuerda el propio anhelo de lo imposible, un más allá del ser limitado, lo que no se sabe nunca ni nunca se sabrá. Nietzsche, o más bien el Sr. Nietzsche, no traerá una ciencia ni añadirá saberes al discurso interminable de tratados y referencias, sino que invita a pensar en una forma de vida. Y a lo mismo apunta Bataille, que no quiere ser leído como un pensamiento en busca de coherencia, como una ciencia del no-saber que aniquilaría su objeto justamente al definirlo en cuanto objeto, sino que busca a otros, a quienes les propone temas, motivos, paradojas de la experiencia intensa. Los que leen a Nietzsche, acaso sin saberlo, forman la comunidad imposible de los seres singulares, pero también el que escribe con Nietzsche, el Sr. Bataille, compone el futuro común para sus lectores, siempre improbables, siempre a destiempo. Bataille ha perdido la ilusión de una realización concreta de la comunidad de singulares, con la disolución del Colegio de sociología y el fin de *Acéphale*, pero ahora advierte que la experiencia interior se autoriza a sí misma y eso la vuelve probable, comprobable, para algún otro. De allí que en algún momento discuta el pensamiento, la simple posibilidad de un pensamiento del último hombre. Sólo la idea de que habrá otros, desconocidos e incognoscibles pero muchos, como un oleaje de puntos singulares que pueden intensificarse por momentos y a cuyo torrente se arroja el que escribe, adonde piensa sumergirse con la muerte, hace tolerable el esfuerzo de transcribir las huellas de la intensidad. Los libros sobre la experiencia no son en sí mismos la presencia y la intensidad, pero guardan una especie de marca de los instantes privilegiados que le dieron autoridad. Y así como los libros de los místicos no son la experiencia mística, pero indican algo más allá de las frases que las arremolina y les da un vértigo inaudito, de igual modo Bataille se dirige al blanco, al silencio, a la interrupción abrupta para señalar una probabilidad auténtica. Sobre esa nostalgia de una felicidad o un trance que se dieron por suerte, entre el ascenso de la angustia y la caída en el tedio, se imprime no obstante la máscara del nombre. De eso se dio cuenta Nietzsche cuando se burla del “Sr. Nietzsche”, que impuesta una personalidad demasiado característica, y Bataille advierte en ese gesto un punto de partida. Junto a Nietzsche, intuye una comunidad, pero no puede dejar de ver que los rasgos personales tal vez sean contrarios a lo común, demasiado limitados, demasiado caprichosos.

Aunque también señala que detrás de la máscara, del personaje que escribe, no hay nada y que la experiencia soberana es el saber de nada. “No le sacaré la máscara a nadie...”, escribe. “¿Qué sabemos en el fondo del Sr. Nietzsche?”.

¿Qué es entonces lo común? O más precisamente: ¿en qué se basa la sensación de acompañamiento que Bataille le adjudica a su vida con Nietzsche? Sin dudas, en la percepción de la muerte de Dios, que no es una experiencia sino una constatación histórica, pero sobre todo esa compañía extraña se basa en la exploración de la ausencia de dios, que es la ausencia de mito. Cada cual se siente un cuerpo entre dos nada. Se respira el aire helado de la cumbre. Luego se siente el irrefrenable impulso de comunicar. Sin objeto, no se sabe nada, pero comunicar es ya la comunidad que adviene. Por supuesto, hay una serie de rasgos, quizá pasajeros, en la comunidad que aspira al gasto de la cumbre, al instante no acumulable, ciertos odios, el rechazo a la moral de la decadencia, a la incomodidad de las formas sociales, a los silencios impuestos, el odio a los que todavía escarban el cadáver mitológico y venden un objeto de creencia para satisfacer necesidades básicas de fe. “¡Ni hablemos de los otros!...”, agrega Bataille, y quizá se refiera a los defensores de la utilidad, del mérito, a los que desconocen toda experiencia que no sirva para nada. En una nota inédita a este pasaje de la sección “El Sr. Nietzsche”, Bataille había esbozado: “Mi vida es comunidad con el Sr. Nietzsche. Este libro es esa comunidad, no es más que ella. Yo mismo escribo por mi cuenta: ‘No quiero volverme un santo... la verdad habla por mi boca...’”. Y enseguida agrega, según la reconstrucción de lo tachado en el manuscrito, que “en esa comunidad vivimos, es preciso decirlo, en la ignorancia los unos de los otros... ¿Qué se sabe del Sr. Nietzsche?”. Y sin embargo, en esa ignorancia, en la misma definición negativa de lo común, que rechaza la moral de la decadencia sin poder afirmar una moral de la cumbre que todavía se parece más a la destrucción de lo dado, se vislumbra un “nosotros”, los sin patria. “Pero nosotros, que somos tan pocos, ¿qué seríamos, si no...?” En el borrador esta pregunta, esta incertidumbre, tal vez esté más cerca de la sensación de comunidad que la afirmación de los pocos que Bataille termina haciendo en el libro publicado: “Y además... ¡somos tan pocos!”.

Bataille ve en Nietzsche, aparte del umbral a partir del cual ya no hay dios, ni tampoco el hombre que lo objetiva como representación, una posibilidad ejemplar. Un ejemplo no es algo general ni una particularidad, no demuestra, sino que se muestra. Así podríamos decir: “este es Nietzsche, este es Bataille”. Parece que fueran meros nombres asociados

a unos cuantos libros, pero son más bien núcleos de intensidad. Leer a Nietzsche fue para Bataille la experiencia de pensar y de ver hundirse a la vez todo pensamiento, un más allá del beneficio y la pérdida del sujeto, fue una experiencia del cuerpo que se agita en las frases y fuera de ellas. Para nosotros, quizás, Bataille también ha adquirido ese valor ejemplar. Bataille se muestra, la cercanía de su intensidad atraviesa los fragmentos de escritura que nos llegan. Y cuanto más lejos del simple proyecto de hacer un libro, esos restos de pensamiento, esos borradores o esas partes tachadas, esos planes de oponer un no-saber a todo lo cognoscible, más de cerca parecieran interpelarnos con su intensidad. Por eso resultan tan valiosas las notas inéditas, hechas de variantes y prolongaciones, prefacios inacabados, para toda la *Suma ateológica*. En esos manuscritos, la mano rápida de un ser ejemplar, al que la vida atraviesa como un rayo y que se apresura a dejar huellas de lo que se le revela a cada instante, casi nos toca. Junto a Bataille, se siente una comunidad: nosotros, los que no creemos en nada, salvo en la verdad de nuestro límite y de su ininterrumpida transgresión.

Silvio Mattoni